



*Juan Félix Sánchez*

Lo Espiritual en el Arte *Juan Félix Sánchez* Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Julio 1982

Resulta extremadamente difícil, por no decir imposible, intentar abarcar en toda su envergadura la extraordinaria personalidad y la obra polifacética de Juan Félix Sánchez. Y es que el universo de este excepcional creador merideño no se circunscribe a un repertorio más o menos extenso y variado de productos y documentos materiales: a través de ellos y más allá de ellos, se vislumbra la presencia de un espíritu, de una vida interior que da forma y "sentido" (en su doble versión de "sensibilidad" y de significación") a cuanto produce su genio intuitivo. Es precisamente ese espíritu de Juan Félix Sánchez —ese espíritu tan íntegro, tan puro, tan vertical— el que impone un impresionante respeto, el que, en verdad, desalienta todo intento de "racionalización"; es esa su vida interior —vida ardiente y fecunda, iluminada por una fe incommensurable, y preñada de inasibles vivencias— la que hace inútil todo ensayo de "objetivación" y sistematización. De hecho, las obras de Juan Félix Sánchez (y, muy particularmente, las que podríamos denominar religiosas) están animadas desde su raíz más profunda por una idea interior y una vivencia íntima que impiden que aquéllas

puedan ser reducidas a simples "objetos culturales" o, peor aún, a meras "obras de arte". Hay, en efecto, en todas ellas un "algo más", un "excedente", que es lo que hace que, en definitiva, sea imposible considerar las "obras" de Juan Félix Sánchez independientemente de la personalidad de su creador y del microsistema personal que él mismo se ha forjado.

Por este motivo, somos conscientes del doble riesgo que entraña una exposición como la que el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas le está dedicando a Juan Félix. Ante todo, existe el riesgo "ecológico" que implica ordenar púlcramente en las asépticas salas de un Museo las obras "naturales" de este artista de su tierra, desarraigándolas de su medio ambiente geo-físico (el filo del Tisire, el valle del Potrero), en el que la piedra hecha capilla, la madera hecha estatua, la arcilla hecha figurita, se integran armoniosamente en la roca, bosque y montaña de las que aquéllas brotan sin esfuerzo, como fruto fecundo y directo de Madre Naturaleza. En segundo lugar, existe también el riesgo "antropológico" que supone la reducción de esas obras vivientes, de esas creaciones-vivencias a la esterilizante categoría de "obras de arte", de "curiosidades folklóricas" o de "cultura material", arrancándoles el espíritu que las anima, y olvidando groseramente la extraordinaria personalidad de su creador y la compleja urdimbre de conceptos, valores, sentimientos y creencias que configuran el universo socio-cultural en cuyo seno aquéllas gravitan.

En este sentido, no insistiremos nunca demasiado en alertar para que se evite aquí lo más posible una desnaturalización y —¿por qué no decirlo?— una perversión como las que sufren,

por ejemplo, las máscaras y fetiches africanos, o las figuras totémicas y funerarias de los archipiélagos de Oceanía cuando son "coleccionados", "inventariados" y "exhibidos" en esos gigantescos cementerios que son los "Museos del Hombre".

El primero de los dos grandes riesgos mencionados (el "ecológico") resulta ineludible a partir de las limitaciones y constricciones de una Exposición como la presente, que pretende exhibir en un Museo caraqueño la vida de una creación personal brotada en y de un ecosistema andino muy particularizado. La obra así presentada no dejará de resultar desarraigada o "des-entrañada" (y, por tanto, "extrañada", o, lo que es lo mismo, alienada), y sólo los documentos gráficos contribuirán a paliar en ligera medida esta dificultad: sólo ellos, en efecto, permitirán apreciar parcialmente que el contexto físico y geográfico de las obras de Juan Félix Sánchez no funciona sólo como marco o referencia topológica de éstas, sino que actúa también como su raíz genealógica, su naturaleza y su historia.

Para obviar, por otra parte, en lo posible ese otro riesgo que hemos llamado "antropológico", creemos útil subrayar algunos rasgos de la personalidad de Juan Félix Sánchez, tal como resultan de una primera aproximación derivada del análisis de sus obras, de sus declaraciones, y de otros materiales y documentos informativos indirectos<sup>1</sup>. En este sentido, el estudio del material de investigación disponible sobre este personaje (monografía<sup>2</sup>, documentos, relatos autobiográficos, artículos hemerográficos<sup>3</sup>,

1. Las circunstancias no nos han brindado aún la oportunidad afortunada de descubrir y apreciar personalmente toda la riqueza humana del anacoreta del Tixire.

2. Grupo Cinco, Juan Félix Sánchez, Fundación La Salle, Caracas, 1981, 190 p.

3. Cf. la Bibliografía del presente Catálogo.

etc.) nos permite apreciar a Juan Félix Sánchez como un hombre de su tierra y de su cultura, artista polifacético, creador genial, hombre de acción, pero también de profunda vida interior, y, en definitiva, personalidad de convergencia y de síntesis.

Juan Félix se manifiesta, ante todo, como un integrante de su cultura y de su tierra. Enteramente alejado de la imitación adocenada de modelos foráneos y de valores extrínsecos, el solitario del Potrero —tránsfuga de pueblos y ciudades cosmopolitizantes (aculturizantes), y enriscado en su alto páramo y en su escondido valle— refleja el alma de la "Venezuela profunda", la de las viejas creencias coloniales, la de los valores de lejanos ancestros y tradiciones antañonas, la de los ingenuos mitos patrióticos, la de la intuitiva sabiduría del campesino arcaico en fértil intercomunicación con el medio físico. Por eso, en Juan Félix confluyen las corrientes subterráneas de mitos inconexos que tienen por nombre la Virgen de Coromoto y Simón Bolívar, José Gregorio Hernández y el indio Tinjacá; por eso, igualmente, en las manos de Juan Félix, los materiales autóctonos (el granito, el mármol, el quitasol, el manteco, el achotico, la lana, la vena) toman cuerpo y vida para reflejar esa "visión del mundo" de la Venezuela arcaica y primordial; por eso, en suma, el lenguaje de Juan Félix (su "hablar" y su "fabular") se nutre copiosamente de la sana picardía, de la imaginación rozagante y de la instintiva agudeza de las gentes del pueblo.

Juan Félix Sánchez es además un creador polifacético y genial. Arquitecto, escultor, tejedor, sombrerero, ceramista, fabulador, campesino, este artesano y artista popular ha sabido aportar, en las múltiples vertientes de su actividad



tentacular, intuiciones brillantes e innovaciones notables capaces de revolucionar lo que la tradición artesanal le ofreció como legado originario. Así su telar de tres lizos y sus imaginativos diseños suponen un gran paso adelante con respecto a los limitados horizontes de la artesanía textil que le enseñara Misia Isaína Dávila, en 1923. De igual modo, el dinámico expresionismo de sus tallas sin policromar se sitúa en un significativo más allá de las hieráticas e inexpressivas estatuillas policromas de los tallistas populares de la región. Igualmente, las intuiciones arquitectónicas de la Capilla Grande del Tisure (el falso arco de la puerta o la ornamentación policroma de la base del campanario, por ejemplo) aportan soluciones personales que van más lejos que el saber colectivo de los alarifes populares.

Por otra parte, Juan Félix Sánchez se manifiesta como un fantástico hombre de acción. Si su adolescencia y juventud se consumen febrilmente en el zigzagueante fluctuar de escolar a baquiano, de secretario de Prefectura a maromero y payaso, de presidente de la Junta Comunal a artesano y albañil, de juez municipal a instalador de molinos de juguete o de turbinas holgazanas, el caudal profundo de sus energías se concentra en su madurez —refugiado ya, a sus cuarenta y tres años, en las solitarias honduras del Potrero— en la incansable producción artesanal (cobijas de revolucionarios diseños, sombreros dobles de vena) y, años más tarde, en la prometeica tarea de llevar con éxito la roca a la cima de la montaña para edificar allí, lo más cerca posible del cielo, el fantástico conjunto religioso del Tisure. ¿Cómo extrañarse, pues, que este anciano efervescente haya emprendido, a sus ochenta y dos años —¡al diablo la edad y la artritis!— la construcción de una iglesia en San Rafael de

Mucuchíes, la talla en madera de las catorce estaciones del Vía Crucis para dicha iglesia, y la edificación de una nueva gruta en El Tisure?

Lo grande del caso es que el dinamismo desbordante de este hombre de acción no agosta ni mata su vida interior: ésta es, por el contrario, la fuente originaria que hace brotar y da energía y forma a esa acción. Y es que Juan Félix Sánchez ha sido siempre un hombre de entraña, de espiritualidad acrisolada, de honda vida interior. Vida interior que se vislumbra ya en la sorprendente imaginación de sus cuentos y relatos, y en la fantasiosa fertilidad de su "función fabuladora". Vida interior que se aprecia en el hecho de que la ciudad (y particularmente Caracas) le parece "muy aburridosa"<sup>4</sup>, y el propio reducido poblado de San Rafael de Mucuchíes le resulta agobiante. Vida interior que destaca cuando, poco después de la muerte de su madre, nuestro hombre experimenta el deseo irrefrenable de abandonar para siempre la sociedad, el pueblo, para refugiarse, a sus cuarenta y tres años, en la secreta intimidad del Potrero, en una especie de retorno simbólico al seno materno al que lo impulsa acuciosamente la pérdida de la madre adorada. Vida interior que resalta en esa inmensa fe religiosa que hizo nacer y motorizó la construcción del conjunto del Tisure, y que mantiene hoy día ese apartado rincón como lugar de culto y peregrinación. A este propósito no podemos dejar de reconocer que uno de los testimonios gráficos que más nos han conmovido es esa foto<sup>5</sup> en la que el eremita del Potrero, recogido en respetuosa oración, recorta su humilde silueta anonadada, en la brumosa

4. *Grupo Cinco*, Juan Félix Sánchez, o.c., p. 26-28.

5. *Ibid.*, p. 129.

escarpadura, sobre el elocuente drama mudo del rústico Calvario.

Por último, lo que resulta tal vez más sorprendente es que Juan Félix Sánchez se afianza como hombre de síntesis y de confluencia en los niveles más diversos. Se da en él, por una parte, la confluencia del artesano tradicional (fiel, a grandes rasgos, a la herencia recibida en la fabricación de cobijas y sombreros) y del artista creador (que impone el sello de su personalidad innovadora en útiles y diseños textiles, en muebles y tallas). Se da en él, igualmente, la convergencia de la racionalidad (manifestada sobre todo en el diseño de cobijas, sombreros y capillas) y de la expresividad emotiva (evidenciada especialmente en los muebles retorcidos, en las tallas expresionistas, y en la textura, policromía y mezcla de materiales de las capillas). Se da asimismo en Juan Félix Sánchez el entrecruzamiento de esas extrañas coordenadas que representan, por una parte, el carácter de primitivo y "salvaje" (aislado Robinson, amante de la naturaleza, fabricante de sus propios útiles y ordenador del propio microuniverso) y, por otro lado, la residual añoranza de una modernidad y una "cultura" no del todo desechada (como se observa en las imágenes religiosas de fabricación industrial, en los adornos y flores de plástico en las capillas, en el faro de automóvil en el altar, o en los platos de metal porcelanizado en la cocina). De igual modo, en Juan Félix se da la síntesis cabal de la dimensión pragmático-inmanente (la del "homo faber" o del "homo oeconomicus" productor de textiles, sombreros, muebles y edificaciones) y de la dimensión contemplativo-trascendente (la del "homo religiosus" o del "homo viator", anacoreta retirado del "mundanal ruido", y consagrado por una fe inmovible a la

erección y mantenimiento de un templo para su Dios).

La presente exposición de Juan Félix Sánchez exige, pues, una mirada distinta, una mirada nueva. Porque las obras del creador del Potrero no se reducen simplemente (no nos cansaremos de repetirlo) a meras "obras maestras del arte popular" —que lo son, y a título más que genuino— ni aun siquiera a simples documentos materiales de la cultura campesina. Las obras de Juan Félix Sánchez, que el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas tiene el privilegio de acoger hoy en sus salas, constituyen una creación en la que cristaliza la ferviente vivencia de un hombre excepcional, una creación que es al mismo tiempo una obra, una idea y una personalidad.

*José María Salvador*



*Capilla de la Coromoto, denominada El Bohío, concluida el 7-9-54. Planta 90 cm. x 75cm.; 1 m. de altura. Está colocada en el lugar donde se erigió la primera cruz de madera, con la cual se inició el 8-2-52 la construcción del Complejo de El Tisure.*



*Pequeña colina denominada La Gruta, que termina en la segunda capilla. Concluida en 1964. Planta de 2,1 x 2 m; altura 3,22 m. Cuatro años (a partir de 1960) tarda Juan Félix en concluir esta pequeña obra. Podemos decir que son un período de aprendizaje, porque en ella surge, por primera vez, el juego con las rugosidades de las rocas, con sus colores, con sus luminosidades y formas. Podemos decir que, a partir de La Gruta, Juan Félix ya sabía el camino para los muros de la Capilla Grande.*



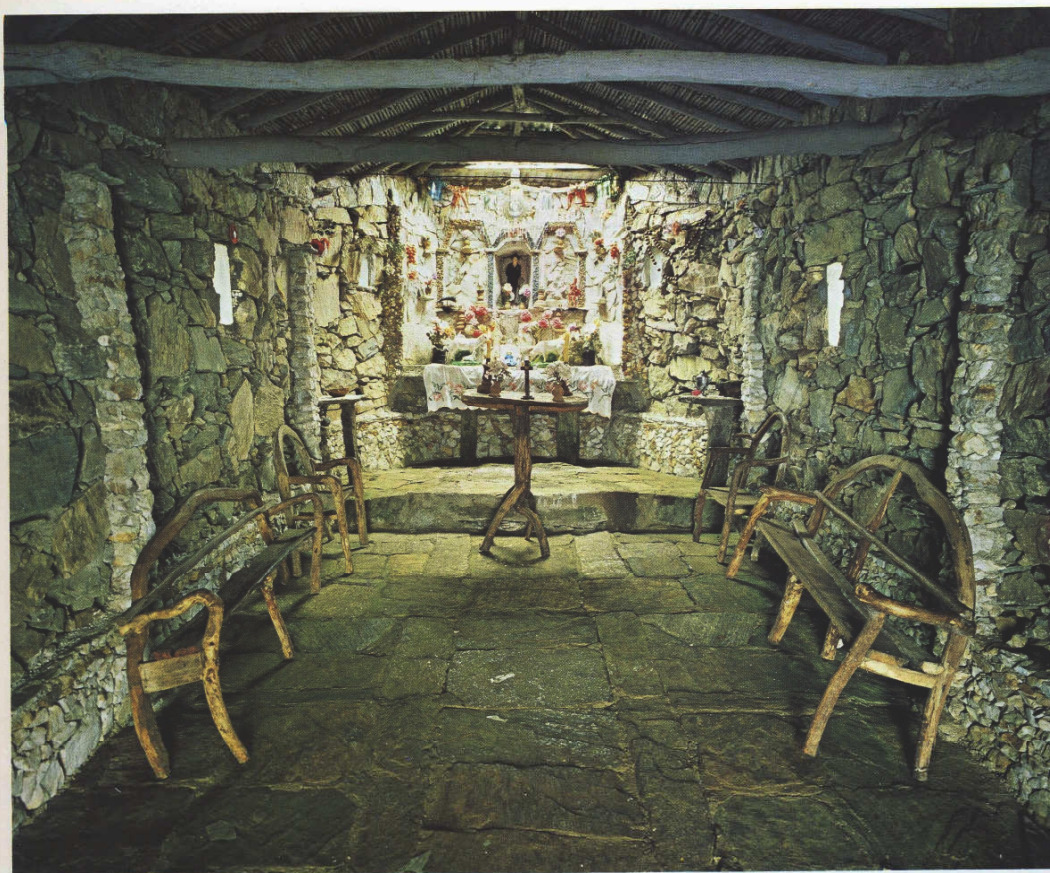












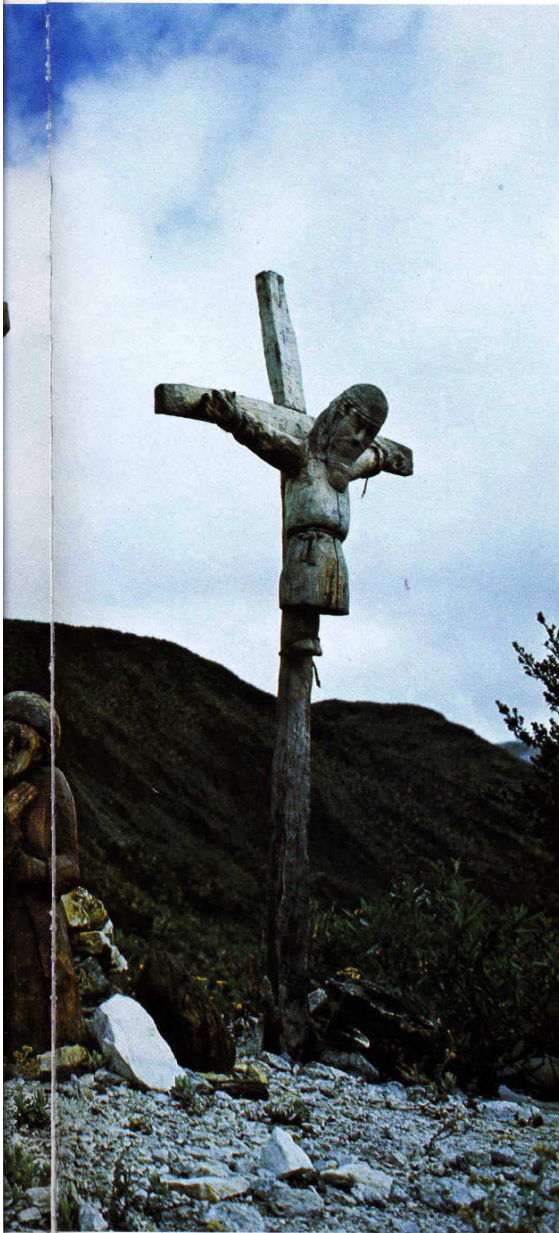
*Hay una sorpresa de luz para el recién llegado que, al traspasar la profunda puerta, espera encontrarse en íntima penumbra. La claraboya que se abre a lo ancho del ábside sobre el altar, hace que el lugar más luminoso sea justamente el más remoto.*

*En este altar, de piedra y mármol blanco, la forma peculiar de los tres nichos, con su parte superior en trapecio, es hecha resaltar por rebordes o franjas construidas con pequeñas*

*piedras o vidrio desmenuzado de colores. En el centro y arriba del altar, un viejo faro de automóvil simboliza la custodia con el Santísimo Sacramento. Abajo, la calma de las grandes lajas de piso, (sobre las cuales citamos a Juan Félix en el ensayo introductorio) se entrelazan con la turbulencia de policromía y texturas de las paredes y el altar. De cada lado de la capilla hay un escaño y una silla. Las dos sillas forman parte de esta muestra.*







*Se llega a las seis figuras fundamentales (de las diez que constituye el complejo escultórico de El Calvario) por dos escaleras de piedra y una rampa de mármol picado. Las cruces se levantan a 32 metros del ábside de la capilla.*

*La voluntad de expresar las sacudidas interiores de los personajes, desvincula a éstos de la tradición hierática de la santería popular. Desde el punto de vista plástico están dominados por el impulso de crear figuras humanas que no desdigan de la sobria intensidad de la Capilla Grande. Desde el punto de vista espiritual se mueven retorcidas por la vitalidad dramática del cristianismo de Juan Félix.*

El Cristo. "Por razones religiosas, no deberá nunca abandonar El Tisure", afirma Juan Félix. En consecuencia, no está expuesto en la colección. Cruz: 2,60 m. de altura. Cristo: 78 cm. Madera de quitasol. Concluido en septiembre de 1975.

Buen Ladrón DIMAS. Segunda talla de El Calvario, septiembre 1975. Madera de quitasol. Cruz, altura, 2,3 m. Ladrón 70 cm.

María Magdalena, quinta talla de El Calvario. Madera de quitasol, 1976, altura 80 cm.

María Madre DOLOROSA. Sentada en una piedra. Cuarta talla de El Calvario, 1976. Madera de quitasol. Altura 71 cm.

San Juan Apóstol, sexta talla de El Calvario, Madera de quitasol, 1976, altura 85 cm.

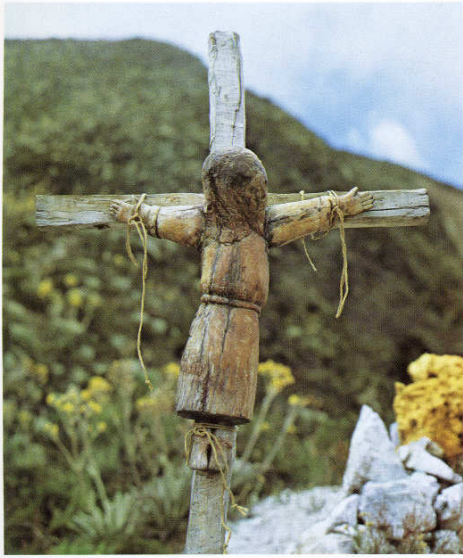
Mal Ladrón GESTAS. Tercera talla de El Calvario, noviembre-diciembre 1975.

Madera de quitasol. Cruz, altura 2,3 m. Ladrón 71 cm.









## Lo espiritual en el Arte *Juan Félix Sánchez*

Julio 1982  
Exposición Nº 55  
Catálogo Nº 55

Fotografía *Sigfrido Geyer*  
Diseño *Jerry Joyner, Nereus Bell*  
Impresión *Editorial Arte*  
Depósito Legal, If 82-4350

### Museo de Arte Contemporáneo de Caracas

Zona Cultural, Parque Central  
Apartado 17093, Caracas 1010, Venezuela  
Cables Musarte  
Telex Musar Nº 21852

### Horario

10 am. a 6 pm.  
(Todos los días excepto los lunes)

### Información

Telfs. 573.72.89 573.82.89 573.46.02

Unidos en torno a la obra y la vida del artista de El Tisire, un grupo de personas de procedencias distintas, constituimos el Grupo 5, autor colectivo del libro "Juan Félix Sánchez".

Unidos de nuevo en la elaboración de este catálogo y en el montaje de esta exposición, queremos dejar constancia de las dificultades y certidumbres que han guiado nuestras decisiones.

En uno u otro momento, todos los integrantes del Grupo fuimos asaltados por dudas en torno a la conveniencia de realizar la exposición, o en torno a la naturaleza de la misma. Por estar la obra tan extraordinariamente vinculada a su contexto, llegamos a temer que, al abstraerla de él, podríamos llegar a una falsificación de su sentido.

Para superar estas dificultades, los miembros del Grupo 5 realizamos tres viajes a El Potrero, durante la fase preliminar de la exposición, para definir, en presencia de Juan Félix las alternativas más convenientes. Estamos convencidos de que la realización de la muestra se debe a la confluencia afortunada de una serie de circunstancias. En primer lugar la voluntad del Museo de Arte Contemporáneo de Caracas, de realizar la exposición sin escatimar esfuerzos. En segundo, la relación de confianza y amistad de Juan Félix con el Grupo 5, que le permitió definir con toda sinceridad los términos y los límites de su participación. Y en tercer lugar, la comprensiva actitud de los sacerdotes amigos de Juan Félix, los Padres Alfonso Albornoz y Arturo Sosa, en cuyas manos dejó el artista la decisión final en torno al traslado de las obras religiosas.

En 1977 Dennis Schmeichler conoció a Juan Félix Sánchez durante una investigación sobre cobijas que realizaba en Mérida. Se constituyó el Grupo 5 integrado por Alberto Arvelo, escritor; Sigfrido Geyer, fotógrafo; Jerry Joyner y Nereus Bell, diseñadores y Dennis Schmeichler, productor. Cuando llegamos hace algunos años donde Juan Félix, el objetivo era la presentación y el conocimiento de una obra de arte y una vida. Pero después del trabajo cotidiano con él, esto se convirtió en una transformación radical de nuestros criterios y valores. Creemos que todos salimos, en mayor o menor medida, profundamente transformados por el esfuerzo.

Quizás valga la pena que no miremos esto como una exposición sino como una invitación para mirar al mundo como Juan Félix Sánchez lo hace.

Grupo 5.